

ENTRE EL ACTIVISMO Y LA CRÍTICA*

Eduardo Ulibarri

Cuando los periodistas hablamos de la importancia de una prensa libre en la democracia, a menudo citamos una inspiradora frase de Thomas Jefferson:

“Si se me permitiera decidir entre tener aquí un gobierno sin periódicos o periódicos sin gobierno, no dudaría un momento en preferir lo último”.

Al pronunciarla en 1787, el gran estadista norteamericano estaba recién llegado de la Francia prerrevolucionaria. Veía el proceso no como un protagonista sometido a la crítica, sino como un participante en el debate público.

Este mismo Jefferson, unos años después, curtido por los ataques de periódicos independientes y opositores durante su presidencia, había cambiado radicalmente de actitud y libreto:

“El hombre que nunca observa un periódico está mejor informado que aquél que los lee, de la misma manera que quien nada

* Participación del Lic. Eduardo Ulibarri, director de La Nación, (San José, Costa Rica), y presidente de la Comisión de Libertad de Prensa e Información de la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP), en la mesa redonda “Periodismo, información y cultura democrática. La responsabilidad de la prensa en los procesos electorales”. Seminario “El rol de los medios de comunicación en el proceso de transición y consolidación democrática”. Panamá, 31 de agosto de 1992.

conoce está más cerca de la verdad que aquellos cuya mente está llena de errores y falsedades”.

Difícilmente otro par de frases evidencia mejor las peculiares y alteradas relaciones que existen entre la prensa y los políticos en la democracia. Aunque todos estemos de acuerdo sobre la importancia de ambos actores para el mantenimiento y afianzamiento de la libertad, la forma en que interactúan está sujeta a múltiples tensiones, incomprensiones, diferencias, pugnas y transformaciones. Nuestras alianzas y actitudes son cambiantes. La manera en que se resuelven es fundamental en cualquier circunstancia institucional. Pero se magnifica y hasta puede volverse asunto de supervivencia en los períodos de transición desde el autoritarismo y la dictadura hacia la democracia.

Centraré mi análisis en esa transición y los procesos electorales que la acompañan.

Debo hacer una aclaración previa: cuando me refiero a prensa o periódicos, no me ocupo de los que son órganos de partidos, sindicatos, asociaciones o cualesquiera otros grupos organizados. Tampoco hablo de “medios de comunicación”, porque es una categoría demasiado amplia e imprecisa: puede abarcar desde periódicos o revistas con sólidos comentarios e informaciones hasta emisoras dedicadas al “rock” o las telenovelas. Mi análisis se centra en la prensa que, de una forma u otra, se define como independiente. Hablo de los periódicos, revistas o programas de actualidad que no son voceros de organizaciones. Me ocupo de los que pretenden actuar con distanciamiento y autonomía con respecto a otros actores políticos y sociales. Porque sólo a medios de prensa autónomos e independientes se les puede exigir una responsabilidad que trascienda las estrechas lealtades del sectarismo.

Esa responsabilidad de la prensa tiene tres ámbitos de acción y relación fundamentales:

1. Con respecto a la propia prensa.
2. Con respecto a la sociedad civil.
3. Con respecto al proceso político.

Paso a referirme brevemente a cada uno:

LA PRENSA, SUS PRÁCTICAS Y PRINCIPIOS

Los deberes de la prensa empiezan por casa: consigo misma, con la ética, con el profesionalismo, con la independencia, con la adecuada supervivencia.

Su primer imperativo es mantenerse independiente y autónoma. Aquí reside no solamente su capacidad de ser responsable; también su posibilidad de consolidación y éxito a largo plazo.

Rotas las amarras dictatoriales, la tarea inicial de los órganos de prensa es desatar nudos que los aten a intereses o sectores extraperiodísticos. Sus decisiones deben estar fundamentadas, por supuesto, en determinados principios. Estos no siempre son consensuales. A menudo provocan conflictos. Con frecuencia también, determinados planteamientos coinciden más con unos partidos que con otros. Pero nada de esto debe conducir hacia la subordinación. La prensa es relevante en la medida en que afiance sus posibilidades de decisión propia.

Pero de poco vale una prensa independiente si no ejerce un periodismo competente. La mejora en la calidad, la superación profesional, el dominio del instrumental técnico e intelectual del periodismo, son fundamentales para reforzar la independencia y cumplir con las expectativas y necesidades del público y la sociedad.

Periódicos bien escritos, bien diseñados, eficientemente distribuidos y administrados, con periodistas bien prepara-

dos y dignamente remunerados, son esenciales en la democracia, más aún cuando ésta comienza a andar tras la dictadura. Porque de otra manera no será posible actuar como intermediarios sólidos y confiables entre la realidad y el público, o como representantes del público ante quienes toman las decisiones en la sociedad.

La intermediación y acción de la prensa, por supuesto, tiene también una vertiente ética ineludible. No se trata ni de una ética de oportunidades y relatividades, ni de una ética de absolutos. Se trata de practicar una conducta que garantice la máxima lealtad posible en cada circunstancia a los principios que sustentamos.

Este compromiso interno, con la independencia, el profesionalismo y la ética, es un asunto de convicciones, pero también de supervivencia y desarrollo. Sólo desde esta trinchera podremos justificar la única gran exigencia que la prensa y los periodistas debemos hacer al sistema político y la sociedad civil: que se nos garantice nuestra independencia y capacidad de decisión. Y aunque en el mundo sobran periódicos irresponsables con éxito económico, los más sólidos y prósperos en las democracias son, normalmente, los que nunca pierden de vista su calidad y responsabilidad; los que no sólo actúan para generar ganancias, sino que generan ganancias por actuar con rectitud y firmeza.

LA PRENSA Y LA SOCIEDAD CIVIL

Si a la sociedad le pedimos un amplio ámbito de autonomía, ¿qué debemos retribuirle? A partir de la independencia, el profesionalismo y la ética, varias cosas:

*Informaciones bien elaboradas, equilibradas y relevantes.

*Investigaciones que vayan al fondo de los asuntos, que traspasen la superficie de los hechos y situaciones, que

doten a los ciudadanos de elementos de juicio para tomar decisiones.

*Atención no sólo a las iniciativas de las fuentes oficiales, sino también de los ciudadanos y los grupos en que se organizan.

*Análisis serenos y bien fundamentados.

*Editoriales que se asienten en principios, no en dogmas; en una adecuada lectura de la realidad, no en un apego incondicional a doctrinas, grupos o personas; que sean sinceros y definidos.

*Respeto absoluto a la autonomía de los hechos y a la equidad informativa. No es legítimo ni conveniente que las políticas editoriales interfieran y distorsionen el juicio informativo. Una cosa es la opinión y otra la información.

*Distinción muy clara entre la publicidad y el contenido periodístico.

*Apertura al debate, a la expresión del público, a que no sólo quienes coincidan con nuestros puntos de vista puedan expresarse.

*Esfuerzo constante para indagar en nuevas tendencias, para auscultar problemas inéditos, identificar áreas de interés nacientes y métodos adecuados de indagar en ellas.

*Criterios de selección y jerarquización bien fundamentados. No deben asentarse en prejuicios o intereses, sino en una adecuada consideración de la realidad. Si los medios determinan en gran medida el temario de la discusión pública, éste debe ser producto de acertadas decisiones.

*Valentía para enfrentarse a la corrupción, a los malos manejos, a quienes pretenden vedar el acceso a la información.

*Interés por la vida de los ciudadanos, por sus inquietudes inmediatas; disposición a servirlos con eficiencia.

*Serenidad y buen juicio en el ejercicio del poder e influencia asociados a los medios. En el cumplimiento de estos objetivos no debe perderse de vista que la prensa también debe ser interesante y atractiva. La seriedad no debe ser sinónimo de solemnidad. En la búsqueda de la relevancia no hay por qué renunciar a la amenidad. Parte del deber de la prensa hacia la sociedad civil es impedir que otros focos de atracción sensorial y temporal nos arrebaten la atención del público. Hay que competir en estilo y sustancia.

LA PRENSA, LA POLÍTICA Y LOS POLÍTICOS

Con un buen sentido de sus derechos indispensables, sus deberes básicos y su proyección hacia la sociedad, la prensa estará en mejores condiciones de definir y conducir su papel en el proceso político y electoral. Cómo afrontar la tarea en medio de una transición democrática, es el foco final de mi análisis.

En una etapa de construcción y consolidación institucional, de definición básica sobre los principios, normas y procedimientos básicos para organizar la convivencia y la toma de decisiones, el primer deber político que tiene la prensa es convertirse en un colaborador entusiasta y decidido, pero también independiente y crítico, en esa tarea.

El apoyo a los procesos de reconciliación, a la pluralidad del espectro partidarista, a los mecanismos que garantizan el respeto de la voluntad popular, a la autonomía del poder

judicial y a la subordinación del poder militar al civil, es un deber ineludible.

Ese respaldo no descansa únicamente en inflamados editoriales. Se requiere —como en otros ámbitos— promover el debate, informar con exactitud, ser equitativos, distanciarse de los sectarismos, actuar con claro sentido de las prioridades y posibilidades.

Los procesos electorales, por la confrontación directa entre grupos, candidatos y objetivos de poder, no suelen ser el mejor terreno para lo anterior. Nos tientan a abandonar la independencia y el distanciamiento y convertirnos en protagonistas directos de la contienda o en aliados incondicionales de algún contendor. Craso error. Los procesos electorales son, precisamente, el momento en que se torna más necesario apegarnos a la independencia y la autonomía. Son también —a pesar de los peligros que entrañan— la oportunidad para ganar, con nuestra conducta, una mayor legitimidad pública y solidez institucional.

Pero independencia y autonomía no significan únicamente negarnos a agitar determinadas banderas partidaristas. Son algo más. Implican también que, sin perder un riguroso afán de equidad y equilibrio en la contienda, evitemos que sean sólo los sectores políticos quienes determinen sobre qué y qué se debe discutir.

La prensa tiene el deber de aportar al temario de las campañas ideas, inquietudes, interrogantes y revelaciones que provengan de los ciudadanos. Debe tratar que el debate electoral vaya más allá de las guerras publicitarias —a menudo simples ejercicios de mercadotecnia—; debe pasar de los signos epidérmicos de la propaganda a sus motivaciones más profundas y preocuparse porque la atención pública no se desvíe de los temas y definiciones de fondo hacia los chispazos espectaculares.

La tarea es compleja, incluso en democracias consolidadas. Para conducirla adecuadamente se necesitan instrumentos confiables —como las encuestas—, personal bien capacitado e incluso experiencias difíciles de adquirir durante épocas autoritarias o dictatoriales. Pero por lo menos debe existir el objetivo y apelar a todos aquellos elementos e instrumentos que nos permitan acercarnos a él.

También, al cumplir este papel, existen riesgos. El principal es que muchos políticos resentirán cualquier esfuerzo de la prensa por distanciarse de sus temarios y contribuir a que el público establezca el suyo.

Pero así como el esfuerzo hay que realizarlo, el riesgo hay que afrontarlo.

Parte del deber político de la prensa durante las transiciones le toca a ella misma. Porque ningún proceso democrático puede tener éxito si no incluye dentro de sus prioridades el establecimiento de garantías para que exista un periodismo independiente. La prensa debe contribuir a él no sólo estimulando su creación. También debe demostrar que merece esos derechos.

Los políticos, por su parte, han de entender que una prensa mediatizada y complaciente es perjudicial para una verdadera democracia. Y que una prensa independiente a menudo afectará sus intereses.

La relación prensa-política y prensa-políticos, más que armoniosa o conflictiva es dialéctica: se desarrolla en una suerte de tensión creativa. Quienes pretendan regularla hasta sus más mínimos detalles mediante leyes, reglamentos y controles, están equivocados.

Si en alguna etapa del desarrollo institucional de un país hay que ser cuidadosos con la legislación que se emite, es en la de su nacimiento a la vida democrática. El peligro de los

excesos legislativos y hasta judiciales tiende a ser muy grande en ella. Por esto, lo más sensato es, a partir de la responsabilidad, correr el riesgo de la libertad. Los políticos deben asumirlo respecto a la prensa. Por desgracia, en los procesos de transición democrática en nuestro continente no siempre ha ocurrido así. Allí están como ejemplo la recién promulgada Constitución paraguaya, que contempla severas limitaciones a la autonomía periodística, o la vigente en Brasil, que abre la posibilidad a leyes restrictivas.

Está bien que los políticos le exijan a la prensa en público, que la critiquen, censuren y hasta insulten si quieren. Pero es indispensable que la respeten en su autonomía. Porque si ésta no existe ni siquiera es posible pedir responsabilidad. Sólo es responsable quien es libre. Por esto el Jefferson que, tras elogiar a los periódicos, embistió violentamente en su contra, se cuidó de que las escaramuzas fueran sólo verbales. Nunca convirtió sus críticas en leyes restrictivas o represivas. Su ejemplo debe estar presente entre todos los políticos. Y a los periodistas siempre deben acompañarnos las admoniciones de sus frases críticas, no la música de sus elogios.